

El ocelote

ANTONIO PEREZ HENARES

Llegó, cuando la tarde entraba en declive, confundiéndose en el claroscuro, fundido con el bosque. Mató cuando la tarde caía.

Estuvo ahí, inmóvil detrás de las hojas, en su rama de tantas horas, mirando pasar el mundo del arroyo. Acechó y desechó animales excesivamente grandes, piezas demasiado pequeñas, presas útiles fuera de la distancia. Finalmente, aquel pájaro se puso a beber en los metros justos. Y fue el asalto, el cerrojazo de la herida y la muerte entrando por su abertura.

Todavía, a pesar de tantas esperas, de todos los ataques, de todas las presas, existe la ansiedad en el salto, el deseo fugaz de la dentellada. Ahora, que el ave conserva un temblor en las alas, queda un rastro de apasionamiento. Unos momentos y desaparece éste también, con el último estremecimiento de la víctima.

Es el ocelote un pequeño felino americano, un leopardo en miniatura, perfectamente adaptado para la caza al acecho y especializado en la preda sobre aves de mediano tamaño, sin desdeñar mamíferos de talla apropiada. Vive y mata desde Texas hasta la Argentina, mide poco más de un metro de la cabeza a la cola; tiene pelo corto y suave, de color amarillo oscuro en el lomo, moteado por manchas pardas ovaladas de ribetes negros, y blanco en el vientre y en las patas. Muere de Texas a la Argentina, alguna vez lo domestican y otras le quitan la piel.

El ocelote cazó hoy muy pronto. El es más de la noche. Hoy no tiene prisa. Desaparece del borde del agua con la presa y busca la cobertura de las raíces de un árbol medio descuajado para comer.

Y come lenta y cuidadosamente, abriendo al ave por sus partes blandas. Al final sólo quedarán unas plumas y los extremos de las patas y las alas. Despreciará, también, la cabeza.

El ocelote siente la desazón del estómago lleno y. busca, de nuevo, las aguas del arroyo. Bebe y se limpia esmeradamente el hocico y las garras. Luego se revuelca en la hierba, para quitarse el último olor de muerte que queda por su piel, porque nada debe sentir la muerte en él, nada que alerte a las víctimas, que prevenga ni aterrice. Todo ha de tener el grato olor y apariencia de la vida.

Sólo en el sueño le agitarán recuerdos de piezas muertas, de yerros, de chillidos alejándose, de revoloteos confusos, de zarpazos perdidos en el aire, de caídas entre las ramas con un animal, a medias entre el sueño y la muerte, entre las garras. Pero sólo será en el sueño.

* * *

Sólo en el sueño puedo acordarme ya de tu cuerpo, y es un mal sueño tu cuerpo quedándose quieto entre mis brazos, queriéndose quedar para siempre, pidiéndole reposo a mi sangre y quietud a mi mano. Mirándome con exigencia de amor, buscándome latidos amables. Sólo en el sueño enturbiarán mis ojos los recuerdos de lo que fueron, para ti, caricias.

No caeré en la tentación de los estúpidos celos. Me alejaré. Beberte y marchar, porque hay sensaciones de otro signo por los bosques. ¿Qué pieles no nos esperan? ¿Qué no hay detrás de cada tronco, de cada matojo, de cada ladera, detrás de cualquier piedra?

Hay tantos caminos, tantas sendas, tantos cruces, tantas vueltas.

Porque ahora sólo deseo sacarme del paladar tu sabor y borrar cualquier marca de mi piel. Porque ahora sólo quiero impregnarme del olor siempre nuevo de la hierba y ahuyentar el tuyo, que se resiste, que prevalece aún por mi cuerpo.

No voy a llevarme nada tuyo a mi espesura. Ni gestos, ni palabras, ni sonrisas, ni placeres. No voy a irme con nada que me ahuyente otros encuentros. Desgraciadamente, es aún posible que te tenga en el sueño. Y será un mal sueño.

* * *

Ocelote, del azteca ocelotl, «tigre», de la orden de los carnívoros, de la familia de los félidos, de garras retractiles y de acolchado andar. Hábitos preferentemente nocturnos.

Ha vuelto, afortunadamente, a anochecer. Es la hora alegre de la salida. Protector fue el tronco carcomido que nos ocultó el sol. ¡Qué la caza sea buena!